



EL ECO DE CARTAGENA

Nº XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9990

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 21 DE FEBRERO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letrado fácil coare.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

SASTRERIA DE JUAN DIAZ.

Sociedad en Comandata.—Mayor 31

Como fin de temporada se liquidan las existencias de invierno con un 50 por 100 de rebaja en los precios establecidos.

Trajes hechos y rusos para niños á precios convencionales.

Capas bien enteras embozos de novedad á precios sin competencia.

31—MAYOR—31

TRASLADO

El MUSEO COMERCIAL hasta ahora establecido en la Puerta de Murcia, Pasaje Cone sa, se ha trasladado enfrente plaza de Castellini, número 12, bajos del Círculo Católico.

LA ROMERÍA.

Esclavas en Huélema las gentes de la tradición religiosa, era costumbre organizar romería el día de San Elío y subir procesionalmente á la montaña donde la ermita, blanca y boquetona, asentábase en los verdes pliegues de la sierra, á guisa de peregrina turca en sus confidentes de terciopelo y raso.

Expléndido amaneció el día de nuestro cuento, nunca borrado de la memoria de las sencillas gentes huélemas. Saludó la tibia luz del amanecer el cántico de la codorniz y el gorjeo inimitable del ruiseñor. Iluminó el sol aquellos contornos con fuertes resplandores de incendio, dando los espesos carrascos, los campos de espigas matizadas por las encarnadas motitas de los árboles, los frescos y húmedos barrancos, los tempranos almendros, los ubérrimos cerezos; el aromático romero y aquella secular y corpulenta noguera que á la orilla del profundo barranco y no lejos de la plazuela anterior á la ermita, extendía sus gigantes y frondosas ramas, al través de las cuales los solares rayos filtraban polvillo de oro.

Afluyan á cada instante mayor

numero de romeros, ora á horcajadas en rozagantes pollinos, ora en bien enjaezadas y briosas mulas, ora á pié; todos con los vistosos trajes del día de fiesta, dicharacheros



y alegres, menos devotos que regocijados por la juerga en perspectiva. A bien que de no ser por la zambra y el vino y el baile, hubiérase quedado San Elío, á pesar de la tradición y de la religiosidad ostensible, sin un visitante.

A las ocho, acompañado sobre la loma una bandera encarnada por zafio devoto conducida. Fueron después apareciendo: primeramente las cabezas, todas descubiertas, luego los cuerpos, cuerpos de hombres y mujeres del campo, desmadejados y varoniles, que canturreaban haciendo coro al sacerdote, que congestionado y sudoroso, calado el bonete y enseñando los niveos vellillos del alba bajo la capa negra de vueltas rojas, traía las más evidentes señales de fatiga y cansancio corporal.

Llegó la procesión á la ermita y detuvieron los romeros para que pasase el cura. Siguiéronle atropelladamente cuantos cabían y aun más, ansiosos de oír la misa. Quedáronse en la puerta Genaro y Juana: pasos más allá, mirádoles disimuladamente, Ruperto.

Era Juana garrida moza de carnes duras, fresca como la molinera de *El sombrero de tres picos*; con una cintura muy estrecha y una dentadura muy blanca, y un pelo muy rizado; una muchachota que no desmentía su raza fuerte, en el torso recio, en las ondulantes caderas vigorosas, y en su sanidad y alegría; la característica de esas



mujeres crecidas con los pulmones oxigenados por la vida campestre.

Genaro quería á Juana con toda su alma de cántaro. Hercúleo y rollizo, su faz tostada y su mano gorda y encallecida denunciaban el trabajo rudo con igual fidelidad que su rostro la hombría de bien. Hacía pocos meses que regresó de Cuba con dos cruces ganadas en la manigua, un machetazo en el cuello y unos abonares que cobraba, según el mordaz secretario de Huélema,—el año de la *nanita*...

Juana y Genaro se amaban y se casarían pronto. Esta idea torturaba á Ruperto, mozo de labranza medio imbécil, medio bestia de carga, feo y deforme, hazme reír de las chicas del lugarejo; inteligencia oscura, sólo esclarecida por los vivos resplandores de una pasión sin límites por Juana, que inquietaba su espíritu y agitaba su corazón con estremecimientos indescifrables; sin padres ni tiernos amores, era su vida una amarga burla del destino.

Acabó la misa y comenzó el jóggorio. Los romeros se esparcieron por las verdes colinas, al hombro la sartén y la bota, y en grupos se reunieron al pie de las nogueras y los almendros, ó se recostaron en el lecho de los cosejales comenzando la sabrosa merienda sazónada por el vino del país, famoso al igual del máxico romano.

Una hora más tarde los romeros congregáronse en la plazuela de la ermita; sonaron las guitarras, oyéronse alegres voces y mozas y mozos, caídos sobre los hombros de ellas los chillones pañuelos, abiertos en la rodilla de ellos el clásico calzón, dispusieron á bailar.

Genaro y Juana se quedaron tras

la secular noguera, en dos piedras sentados, con las manos unidas, viendo las espirales que una mari-



posa de bellos colores trazaba en el espacio agitando torpemente las alas. Ruperto, desde la puerta de la ermita, sin fijarse en los mozos que bailaban alegremente, no tenía ojos más que para ver aquella pareja feliz. De repente fíjose en el lepidóptero con envidia; había rozado en su vuelo un rizo del hermoso pelo de Juana.

Ruperto sentía un dolor muy hondo y se obstinaba en sacudir pensamientos muy negros que le turbaban. Encantado por sus desdichados amores, no tenía esperanza.

Quiso un día abordar aquella cuestión con Juana, y habiéndole oído exclamar:

—¡Arre allá! Este cuerpo se ería pa' otro.

Enfurecido se encará ante Genaro, y éste, insultóle:

—¡Arre allá! Eres un animal...

Y lo dejó sin mirarle segunda vez.

Si sería él una bestia para que todos le arrensenti... Si resultaría la inexistencia de aquella emoción fina, morbida, suavísima, que le refrescaba el alma y la deshacía en ternuras indecibles cuando veía á Juana, y en ferrezas incontenibles cuando veía á Genaro en colóquio con su amante, ferreza que le emborrataban los sentidos y la inteligencia con pensamientos muy negros?

—¡Que cante Ruperto! ¡que cante!—dijeron algunas mozas que gustaban de la clara voz del mozo de labranza.

Y este acostumbrado á obedecer con docilidad de perro temeroso

del golpe, se acercó á los guitarristas, y cantó:

Aunque canto, compañeros, tengo penas que me matan, pues son las peores penas, los desprecios de una ingrata. Ruperto miró la noguera. El recio tronco escondía á los amantes. Apenas si en la balza, que extendía su limpia superficie bajo el añoso árbol, se dibujaba la silueta del anche sombrero de Genaro.

Seguían los mozos bailando... Ruperto creyó oír el vago chasquido de un beso sofocado por alegre risotada.

—¡Otra, otra! Ruperto.

Y cantó, sin darse cuenta de donde estaba:



En las rosas de tu cara un beso acaban de dar, lo que ha picado un guano no puede estar limpio ya. Mostrábase los romeros ahimados. Viejas y jóvenes bailaban. Hasta el alcalde había olvidado su seriedad ridícula y bailaba con la mujer del alguacil.

Ruperto estiraba el cuello para ver á los novios; el tronco seguía ocultándolos discretamente. Acertó á fijarse en el brufido cristal de aquella balza con quietud majestuosa de lago y vió en él unidas las cabezas de los amantes; un turbión de sangre le cegó; tambaleóse como un borracho...

—¡Vámonos, hombre, esha otra copia!—dijo el juez municipal que discurría en la amable compañía de Bao.

Dicen que es bueno el amor mas al se ve despreciado, es fácil que de lo bueno pueda salir algo malo. Y enseguida, con roncadas tonalidades, volvió á cantar:

EL HILO DEL DESTINO.

281

Palidació y perdió el sentido, y cayó como un cadáver.

¡María! Este dolor más para tu llagado corazón....

Esta nueva amargura para tu lacerado pecho...

¡Qué me te reserva la suerte!

Auxiliada por Antonia, la pobre niña pudo contener la sangre de la herida; y asistida por el esposo de su buena compañera, lograron entre todos llevar á Julián á la cama.

Algunas horas de sueño lo volvieron á la razón, y á las doce del día siguiente lo vieron abrir los ojos, después de su largo sueño, ya otra vez claros, brillantes, como en su estado natural, se los refregó, para ver de aclarar la confusión de ideas, bajo que padecía.

Un extraño malestar le inquietaba.

Ideas de algo que le atormentaba cruzaban por su mente.

Sentía que el guano roedor de la conciencia le agitación el espíritu, aun sin poderse dar cuenta de la causa de esta sensación.

Mil pensamientos enredados, é inconexos le torturaban la imaginación.

Y solo en su cuarto, nadie cerca á quien pedir cuenta del estado en que se hallaba, pensó en sus acciones del día anterior, desde la mañana hasta la noche, y recorriendo su memoria fielmente, todos los

280 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

presenta al cabo de su velada, presto ya de amanecer.

No cunda un momento del estado en que se le vé.

Su hermano beodol su hermano, que hasta aquí tanto se respetara á sí mismo en medio de su inmensa miseria y desventurada aislamiento de toda simpatía humana!

¡Olivarase de tal manera de su decoro, de la dignidad que el hombre debe en toda ocasión conservar y saber sostener!

Lo vio con vacilantes pasos entrar en el cuarto, y como dudoso del punto adonde encaminarse, tropezar en su camino.

Nada le dijo; sabía cuan inútil sería en su actual estado; pero levantándose en silencio para auxiliarlo en su impotencia, lo asió fuertemente con ambos brazos; mas él resistiéndose á su presión, luchó por libertarse y la repelió con dureza y con una imprecación que la horrorizó.

No pudiendo por sí solo sostenerse, dejóse caer sobre el suelo y fué á dar con la cabeza contra un mueble.

El perrazo que recibió le hizo exhalar un grito págudo.

El filo del mueble le había causado una herida en la frente, y sangre copiosa corría de ella.

EL HILO DEL DESTINO.

277

muerte de su madre amada recibió, nunca expresó su rostro ensañador el desconsuelo que esta noche se leía en él.

Sentada junto á la mesa, su costura abandonada, las manos cruzadas, ojos y contristados los ojos, una lágrima desprendiéndose de sus largas pestañas, rojas sus mejillas, ¡cuál! María se ruborizase de algo; qué pensamientos cruzaban por su mente, para tanto contristarla y darle esa expresión que no era de pena solamente, ni de tristeza, ni de aflicción por lo pasado, sino una expresión combinada de pesar, ternor y vergüenza?

¿María atemorizada? ¡Ella, cuyo valor nunca flaqueó! ¿María avergonzada? ¡Ella, que jamás tuvo por qué conocer el sentimiento de la vergüenza y del rubor!

Tan pura, tan casta como la virgen de quien el nombre llevaba; ¿por qué ese rubor en las mejillas? ¡Ahí no era, por sí, por quien María se ruborizaba, era, por otros.

Antonia entro en el cuarto, y con cariñosa solicitud inasó á la joven para que se retirase á descansar.

—¡Ella! dijo—¿qué consigas con estas lar...